

Dos mil siete

Tan material como la vitalidad instintiva que anima a la totalidad de los seres vivos es la naturaleza humana; y la composición de la célula animal, a modo de tabula rasa, se replica, cual sello encendido, en la diversidad viviente.

Hoy, tras eones de exultante biósfera, la noosfera ha tomado el control del planeta y bajo la escabrosa égida de la razón industrial, impuesta con precisión thanática, conduce la vida a su extinción.

¡Qué exitoso modelo enseña con solemnidad la élite mundial!

¡Qué estupendo negocio ensanchar el capital con la premisa de la inequidad en la distribución de la riqueza que preside nuestra aldea globalizada!

¡Porque somos absolutos vencedores, sentencia la paradójica opinión autorizada!

¡Gran tragedia dicen, sin decir, ya que no es audible ni comprensible, para la inmensa mayoría de seres humanos y no humanos!

¿A qué la sensatez enarbolada por las autoridades de los claustros si el poder marcial no escucha?

Por lo tanto, es inevitable preguntar:

¿La más grandiosa huella humana, representada en lo cotidiano, será extirpar un pasado grabado con celo en la genética; retocado en el devenir secular de los vivientes?

Nos asiste una milenaria certeza, enclavada en el manso amor, la roca de la voluntad y las alas de la conciencia.

En consecuencia, la inaplazable tarea será patentizar el malestar en la tribuna de los vientos.

Clamar como campanas en la hora solitaria de los campos, lo que fue, es y será, si lo permitimos.

Resistir en las cloacas y los ministerios, las fatuas dentelladas de los agiotistas.

La inmediata poesía la haremos pueblos en los surcos, en las plazas y tabloides; en los laboratorios.

Será su cometido conjurar el sortilegio de la Esfinge responsable de la peste.

¡Qué preocupación tan enorme lo acontecido y lo previsible hacia el inmediato futuro!

¡La riqueza y lo honorable en los grandes salones, significa pobreza e ignominia en la mayoría de las plazas!

¡La ciencia necesaria es insuficiente ante nuestra orfandad de certezas!

El calentamiento global nos agobia.

Es casi imposible ignorar la degradación ambiental.

¿Cómo resolver o al menos mitigar tan grave circunstancia que amedrenta a la razón?

¿Cómo transformar en beneficio de la vida toda, de la humanidad conjunta y del futuro nuestro tan nefastas circunstancias que hoy nos acongojan?

¿Cómo sentar los andamios para la excelsa arquitectura de la belleza y la bondad que alienta el corazón humano, para tornar al paraíso de la inocencia con la manzana en la mano?

Edinson Muñoz Ciro